

Fray Abelardo Lobato O.P. (1925-2012). *In Memoriam*

Enrique Martínez

El 18 de mayo de 2012 falleció en el convento dominico de Nuestra Señora del Rosario de Cádiz Fray Abelardo Lobato, O.P., miembro del Consejo Científico de la revista *Espíritu*.

Abelardo Lobato Casado nació en San Pedro de la Viña, Zamora, el 20 de enero de 1925, en el seno de una familia labradora. En septiembre de 1942 profesó como fraile dominico en el convento de Almagro, Ciudad Real, en donde inició su formación humanística, filosófica y teológica. En 1948 continuó los estudios de Teología en San Esteban de Salamanca, bajo el magisterio de dominicos como Santiago Ramírez, Guillermo Fraile y Venancio Carro, entre otros; allí recibió la ordenación sacerdotal el 16 de abril de 1949, así como los grados de lector y licenciado en Sagrada Teología. Los estudios filosóficos los cursó en el Ateneo Pontificio de Santo Tomás de Roma, conocido como Angelicum, teniendo como profesores, entre otros, a los dominicos Eugenio Toccafondi, Atanasio de Vos y Reginaldo Garrigou-Lagrange, obteniendo en 1951 la licenciatura y en 1952 el doctorado con una tesis sobre Avicena y Santo Tomás. De regreso a España, prosiguió su formación en la Escuela de Estudios Árabes de Granada y en la Universidad Complutense de Madrid, en donde se licenció con una tesina acerca de La estética de Nicolai Hartmann.

Su actividad docente la inició en el Estudio General de los dominicos de Granada en 1952; en 1960 sucedió a Sánchez de Muniain en la cátedra de Estética de la Universidad Pontificia de Salamanca, en la que permaneció hasta 1970, aunque a partir de 1960 inició la docencia en Filosofía en el Angelicum de Roma, pasando a ser en 1963 profesor ordinario y ocupando la cátedra de Metafísica. En 1968 se le confió el Decanato de la Facultad de Filosofía de la ya entonces Universidad Pontificia, siendo reelegido por

quinta vez en 1989; al término de este mandato fue nombrado Rector de la Facultad de Teología de Lugano (Suiza), su último destino docente y de gobierno, tras el cual se retiró a su convento de Santo Domingo el Real en Granada.

Además de su docencia, Fray Abelardo Lobato tuvo una intensa actividad organizativa. Uno de los primeros eventos que promovió fue el memorable Congreso Internacional en Roma y Nápoles en 1974 con ocasión de VII centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino; allí colaboraría de cerca con el entonces cardenal Karol Wojtyła, con quien le uniría una estrecha amistad. Dos años más tarde, en el Congreso Internacional Teoría y Praxis, celebrado en Génova y Barcelona –en la Balmesiana–, participó en la fundación de Sociedad Internacional Tomás de Aquino; en ésta fue primero director y luego presidente, dedicándose en cuerpo y alma a su difusión por todo el mundo y a la organización de numerosos congresos internacionales y locales. Además, en el 1984 fundó en Sevilla el Instituto Fray Bartolomé de las Casas, y en el 1987 el Instituto Santo Tomás, con sede en el Angelicum de Roma. Miembro ordinario de la Pontificia Academia de Santo Tomás, fue nombrado por el Papa Juan Pablo II presidente de la más prestigiosa institución tomista en 1999, ocupando dicho puesto hasta 2005, y organizando en 2003 un Congreso Tomista Internacional en Roma. Otras de sus responsabilidades fueron: provincial de la Provincia dominicana de Andalucía en 1977 y 1981, delegado de la Santa Sede en el Consejo de Europa para los derechos humanos desde 1982, director de la Cátedra Santo Tomás en la Universidad CEU San Pablo y miembro de la Comisión Internacional de Estudios de la Orden de Predicadores.

Entre los galardones que recibiera el P. Lobato a lo largo de su vida hay que mencionar el de Maestro en Sagrada Teología en 1987, título máximo de estudios en la Orden de Predicadores, el de hombre del año por el Biographical American Institute en 1999, el de ciudadano honorario de la ciudad italiana de Aquino en 2001, y el Doctorado Honoris Causa por la Universidad Católica San Antonio de Murcia en 2006.

Autor y coordinador de numerosas obras, podemos citar entre otras las siguientes: Vida y obra de Francisco Alvarado O.P. (1954), Avicena y Santo Tomás, teoría del conocimiento (1956), La existencia de Dios en Santo Tomás de Aquino (1957), Ser y belleza (1964), La pregunta por la mujer (1976), Yo, fray Juan Macías, hermano de los pobres (1986), El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy (1995), Dignidad y

aventura humana (1997), o Abelardo, haz memoria (2012). A éstas hay que añadir una relación de más de cien artículos de estudios tomistas, historia del pensamiento, Metafísica, Antropología y Filosofía política.

Retirado en el convento dominico de Granada, fray Abelardo Lobato continuó impartiendo conferencias en diversos lugares, como en la Fundación Balmesiana de Barcelona; con esta institución se sintió afectuosamente vinculado desde el primer contacto en 1976 hasta poco antes de su muerte, cuando recibió el homenaje de sus amigos con la presentación de sus memorias. Poco después, una caída le llevó a ser tratado en Cádiz, en donde falleció en la madrugada del 18 de mayo. Sus restos descansan en la iglesia de Santo Domingo de Scala Coeli, en Córdoba, junto a los del Beato Álvaro de Córdoba.

Sin posibilidad de sintetizar su pensamiento en unas breves líneas, tal vez sí se puedan esbozar al menos tres trazos destacados de su actitud intelectual:

Ite ad Thomam. La vida del P. Abelardo Lobato parece haber seguido en todo momento aquella exhortación que el Papa Pío XI hiciera en la encíclica *Studiorum Ducem* poco antes de nacer aquél: “Pues bien, así como en otros tiempos se dijo a los egipcios en extrema escasez de víveres: Id a José, a que él les proveyese del trigo que necesitaban para alimentarse, así a todos cuantos ahora sientan hambre de verdad, Nos les decimos: Id a Tomás, a pedirle el alimento de sana doctrina, de que él tiene opulencia para la vida sempiterna de las almas”. Ciertamente, el estudio de Santo Tomás de Aquino fue el alimento diario de este fraile dominico, que conocía con hondura tanto la vida del Doctor Angélico como su vasta obra.

Contemplata aliis tradere. No podía dejar de hacer suyo el lema de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, y por ello se dedicó con entusiasmo contagioso a difundir el pensamiento del Aquinate. En esta labor supo combinar el rigor académico con la capacidad divulgativa, y enriqueció sus escritos y ponencias con el aderezo de un uso castizo y ágil de la lengua española, así como con abundantes citas de humanistas de todas las épocas. Viajero incansable, llevó a Santo Tomás por todo el mundo, considerándose a sí mismo como la borriquilla que le servía; y, así, promovió su estimada SITA en numerosos lugares, fundando secciones, grupos de estudio, y organizando por doquier simposios y congresos.

In dulcedine societatis quaerere veritatem. Aunque uno de sus rasgos más característicos fue su afabilidad. Quien escribe estas letras se honra de

haber sido contado entre sus amigos, y aprendió del P. Abelardo Lobato que, en efecto, la amistad es el lugar más apropiado para el buen filosofar, como diría su también amigo Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio*. La SITA que él fundara no se distinguía por estructuras rígidas, sino por la búsqueda de la verdad en la dulzura de la sociedad, de la compañía de los amigos, según la feliz expresión de San Alberto Magno. Sus escritos “las obras y los días”, en que a “los amigos del alma” iba periódicamente relatando sus andanzas, son buen testimonio de ello.

Descanse en paz, este tomista ejemplar.

Dr. Enrique Martínez
Secretario General de la Fundación Balmesiana
emartinezbalmesiana.org